

CLAROS DE BK





SOBRE CÓMO BUSTER KEATON CORTEJA A MAE SCRIBBENS EL AÑO 1933

BK la observaba todos los días en aquella biblioteca del número 40 de Silver Street. Era rubia, rechoncha, sonriente, guapa para algunos, caballuna para los que más. A él le gustaba, como a muchos, cosa que yo no comprendo, pues las mujeres equinas en cualquier momento me parece que se van a poner a trotar.

Un buen día, la rubia platino, con una falda de media pierna y un traje impolutamente planchado, se le acerca al bueno de BK y le espeta:

—¿Y tú qué miras, Carapán?

Él le responde muy tierno:

—Lo que me da la gana, esto es, la luna que se te ha acostado en la jeta.

Algo más se dijeron, seguro, pero ya no me acuerdo. El caso es que salieron de la Calle Silver, y se tomaron un par de tragos en Elmer Standford Street, en un garito con bancos de madera regentado habitualmente por los rateros del barrio. Vamos, uno de esos sitios en los cuales a uno le apetece quedarse a mirar.

- Uno doble de los de siempre, socio.
- ¿Y para la muñeca?
- Prepárale un cóctel suave, por si luego hay guerra.
- ¿Y qué pasará si no me deajo?
- ¿Qué le pasa al perro cuando no queda pan?

Pues que se da un paseo, y persigue a los gatos. Se lo dije desde la sombra, pero en la sombra lo que se dice, se pierde en su propia distancia. Salí zumbando de la escena del crimen, esto es, del cortejo de amor, con las orejas metidas en la concha de las solapas. Cómo me gusta mi gabardina, y cuánto el frío que me permite usarla.

Y pasaron los meses, como pasa el ratón por la gatera, como pasa la bala por el cuerpo de un narco. BK y Mae Scribbens comenzaron a salir de manera regular. Iban al teatro a ver comedias, iban al puerto a ver cómo salían los barcos. Un día, yendo los dos de la mano, la buena de Mae le dijo:

- ¿Acaso no me lo piensas pedir nunca?
- Nena, la vez anterior salí escaldado. Dame un poco de tiempo.

– ¿Quieres que te regale un reloj, para que lo consultes antes?
– Vamos a seguir paseando. Los cuerpos cortan la niebla, pero al revés no.

– ¿Qué quieres decir con eso?

– Ya se verá.

– Entonces, ¿para ti soy como las productoras, que nunca se les puede decir que no a las primeras de cambio, pero tampoco que sí?

– Puede.

Ambos subieron a casa por las escaleras de la prisa enorme, que nunca se acaban, como los domingos del tedio o las tazas de café mal molido. La llave encajó en la ranura a las primeras de cambio, cosa que a los dos les inquietaba sobremanera. Un beso, dos, tres, puede que ciento. La puerta crujió, medio segundo antes de que viniera el portazo.



LA DULCE MYRA SIENTE DOLORES DE PARTO
Y EL SEÑOR KEATON SE MUESTRA AZORADO
POR LA RESPONSABILIDAD

- Venga, no te culpes más.
- ¿Quién me habrá mandado a mí venir a Kansas?
- El destino, hombre, el destino.

El disco rayado de su voz mordía y mordía el maldito viaje. A lo hecho, pecho, le decía la dulce Myra. Y acto seguido, como le venían las contracciones, no podía decir nada, pues el dolor se le sube a uno desde el vientre hasta la garganta; esto es, desde la vida hasta lo irracional.

- ¿Dónde encuentro yo ahora una partera?
- ¿No te quería yo porque eres muy creativo? Píntala. Invéntala. Pero, por Dios, trae una.

Estamos en un día de lluvia. El Señor Keaton hace rulos con las llaves y el índice, igual que años más tarde haría su hijo.

Rulo va, rulo viene, paraguas en mano, Keaton hace sus pesquisas. Da vueltas, pregunta sin ton ni son. Como una avispa al final del verano se vuelve loco por poder picar. En sus averiguaciones, se da de bruces con una leona de metro sesenta y zapatos de tacón de aguja.

— ¿Dónde está el fuego, guaperas? Quédate un rato.

Keaton se hace el *longuis*, y sale zumbando de la calle donde la tarasca vocea la fruta de su propio género.

— Cagüentó. No estoy para sandías.

— Vaya bufido más tonto. Ni que mis ojos olieran mal.

Después de preguntar mucho y de acertar poco, el señor Keaton da con la partera, que se encuentra comiendo un gran plato de sombra.

— Que le siente bien, señora. La vengo buscando.

— No tengo nada hoy, y el hambre es muy mala, pero el aburrimiento peor. La muerte a su lado es una broma ligera. ¿Dónde dice que está su mujer?

— Está por aquí, en Tequa, cerca del mercado municipal.

— Entiendo.

El parto dura bastante menos de lo previsto. Myra se muestra lo suficientemente entera como para llorar y lo suficientemente

sensible como para no desmayarse. Después de dar a luz, las mujeres mezclan lo que van sintiendo. El desmoronamiento hormonal dibuja por su interior una especie de cuadro cubista. Myra mira al niño y se mira a sí misma. Sonríe y suelta una lágrima. Se toca las manos y toca, como si pudiera, un trozo del aire.

— ¿Es que no piensa venir, señor Keaton?

— ¿Acaso no buscan las abejas el polen que necesitan?

Y se puso a hacer lo que hacemos los hombres: ponernos, de golpe, a temblar.

— Pero ponte bien el pantalón, que estás delante de tu hijo.

Por allí aparece una mosca satélite que da vueltas al planeta de la bombilla. Keaton no la consigue matar, igual que algunos políticos son incapaces de acabar con la guerra.